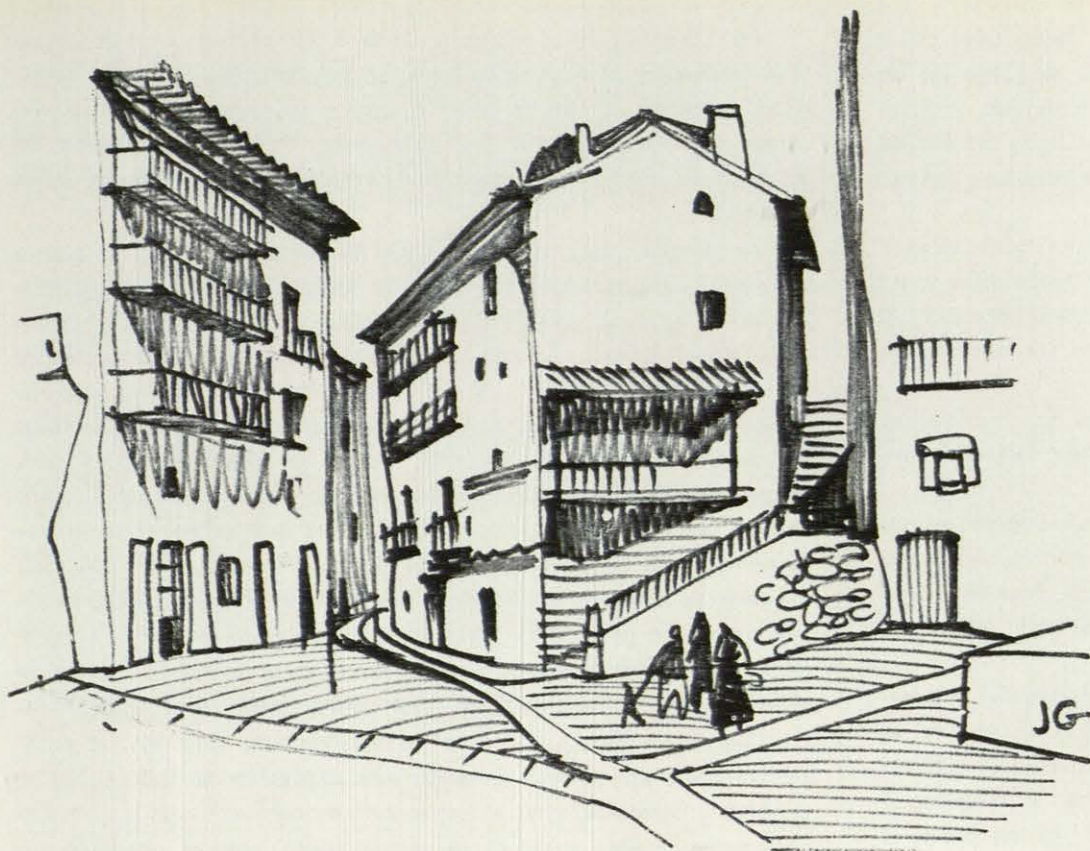




Dibujos del arquitecto
Juan Gómez y G. de
la Buelga.

LA DIGNIDAD DE LA ARQUITECTURA. ESTUDIOS SOBRE EL HABITAR HUMANO

II

En el artículo anterior inicié una serie de estudios acerca de la importancia del "habitar" en la vida humana. "El hombre es un ser que habita", afirma Saint-Exupéry en su obra póstuma *CITADELLE*, con evidente intención de subrayar el papel que desempeña el arraigo y la unidad en la vida del hombre. A mi ver, el ser humano se hace en la creación de ámbitos, y esta labor creadora va hermanada con la *permanencia* que implica el *habitar*. Todo lo grande que realiza el hombre es fruto de la insistencia, y para insistir se requiere echar raíces en tierra firme, es decir: *habitar*.

La creación de ámbitos por parte del hombre—ámbitos de conocimiento, de amistad, de amor, de arte, etcétera—va pareja, en consecuencia, con la creación de espacios físicos, que son, en cierto modo, expresión y cauce del dinamismo humano creador de ámbitos de convivencia. Estos espacios serán, pues, en verdad "habitables" cuando puedan ser *re-creados* por los hombres que los habitan en su vida cotidiana. ¿Cuándo es esto posible? ¿En qué condiciones cabe hablar de un "espacio vivible" (*gelebter Raum*), dicho con expresión muy cara a los pensadores germanos?

ESPACIOS HABITABLES

Hay ámbitos en los que el hombre se encuentra a gusto y siente que una sutil adecuación—muy netamente perceptible, pero difícilmente analizable—se da entre sus condiciones espirituales y el entorno. Ciertas calles de viejas ciudades, plazas recoletas, ambientes domésticos, ámbitos sacros, paisajes, etc., suscitan en el hombre un sentimiento placentero de espiritual armonía y equilibrio. Esta coordinación armónica es producida al crear de nuevo

el hombre en su vida cotidiana los espacios que dan albergue a la trama de su existencia diaria y convertir así en ámbito auténticamente humano el espacio físico. El espacio real, el único auténtico, es el que configura una comunidad en su vida de cada día. Nada extraño que sintamos una impresión reconfortante de paz—que es fruto de plenitud—al recorrer ciertos pueblos creados a *tempo lento* por sus habitantes de modo orgánico, de dentro afuera, conforme lo iban exigiendo las urgencias internas de crecimiento. El espacio desempeña en la vida de la comunidad un papel análogo al del tiempo en la melodía musical: ambos constituyen un ámbito natural y necesario de despliegue. Estos ámbitos no le vienen dados al hombre por ley natural de vida; debe él fundarlos en la tensa distensión que implica la vida social. Pues el espacio vital no es algo *estático*—como se piensa a menudo—, antes está formado por un haz complejísimo de interrelaciones dinámicas, de internas tensiones.

Este tejido de interrelaciones constituye un orden, una ordenación, un sentido. Tal sentido debe ser captado y revivido por el hombre que habita un espacio si éste ha de ser en rigor "habitable", y producir equilibrio y sensación de paz, sin provocar un relajamiento disolvente del ánimo.

Por eso todo estudio del espacio lleva a su flanco un elogio del *orden*, entendido en el sentido positivo, eminentemente activo de *ordenación*. En su obra *CITADELLE*, Saint-Exupéry describe el palacio del padre del héroe como un gran ámbito donde hay espacios muy precisos para cada función de la vida: recibir a los huéspedes, administrar justicia, guardar el heno, dar cobijo a los animales, etc. A menudo—relata—estaban los establos vacíos, y mi padre no toleraba que se los utilizara para otra cosa, en

la seguridad de que, si la casa ha de ser casa, todo lugar de la misma debe tener una calificación especial y el conjunto ha de estar intervinculado por un orden que le confiera sentido y orientación. De ahí la necesidad de que en toda casa haya un *ámbito nuclear* en torno al cual gire la ordenación de la misma y cobren sentido todos los pasos que se den en ella.

Aquí advertimos un singular círculo, de ningún modo vicioso: *el dinamismo de la vida humana confiere una ordenación y un sentido al espacio, y el espacio vitalmente estructurado hace posible y postula una vida con sentido*. El hombre es un ser que habita; el hombre es en cuanto ocupa un lugar determinado en el entramado de las interrelaciones humanas. Por eso el ser humano se *pierde* en el magma amorfo del espacio sin límites, falto del sentido que confiere la delimitación.

El hombre no vive, pues, *estáticamente*, pasivamente en un espacio; se inserta *activamente* en un ámbito, configurándolo y tensionándolo con todo el dramatismo de la vida humana. Sólo conformando ámbitos y confiriendo sentido al entorno puede el hombre dar la necesaria ordenación a su vida.

De esta dialéctica entre *creación de ámbitos espaciales y ordenación de la vida surge la altísima dignidad humanística de la Arquitectura*, entendida con la debida radicalidad como *el arte de elaborar espacios que hagan posible y promuevan el despliegue de la vida humana*. Lo mismo, a nivel distinto, es aplicable al urbanismo, entendido como el arte de configurar ámbitos adecuados al despliegue de la vida comunitaria.



LA ESPACIALIDAD DE LA VIDA HUMANA

De día en día, merced a trabajos clarividentes de poetas, psicólogos y filósofos, se está viendo con claridad creciente que el ser humano es constitutivamente ambital y necesita del espacio entorno para desplegar sus posibilidades internas. Ya en sí mismo considerado, el hombre constituye un campo lleno de internas tensiones al estar constituido por elementos que se contrastan y complementan formando una unidad coherencial autosuficiente. Es la concepción dinámica del hombre que defiende entre nosotros Xavier Zubiri.

Por constituir en sí mismo un ámbito, el hombre es un ser tenso a la fundación de nuevos ámbitos, en colaboración con otros seres. Estos ámbitos son tanto más robustos y valiosos cuanto más elevados son los seres que los constituyen. Por eso *la creación de ámbitos de diálogo es la actividad primaria y más alta de los seres humanos*.

Al afirmar, pues, que el hombre es *un ser espacial*, no quiere afirmarse sencillamente que necesite ámbitos libres para encarnar sus actos, al modo como para existir debe ocupar con su cuerpo un lugar en el espacio. Se trata de algo mucho más elevado y fecundo que la mera extensión en el espacio físico. El hombre es *positivamente espacial* porque posee la alta capacidad de crear ámbitos de interrelación, respecto a los cuales la extensión física desempeña un papel de presupuesto, análogo al que compete al mero sonido respecto de la palabra significativa que sobre él se monta al tiempo que lo remonta. A esto alude Minkowski al afirmar que "la vida se extiende en el espacio sin tener por ello propiamente una extensión geométrica. Para vivir, necesitamos extensión y perspectiva. El espacio es tan indispensable para el desarrollo de la vida como el tiempo" (Cf. *Le temps vécu*, París, 1933, pág. 367).

Cuando se dice que el hombre desarrolla su vida "en" el espacio conviene apresurarse a cargar esta expresión de todo su valor positivo y dinámico, pues el espacio no es para el hombre un mero continente estático y rígido de sus acciones, sino el resultado de su actividad configuradora del entorno. Más que de espacio, en general convendría, en consecuencia, hablar de "ámbitos", pues la vida del ser humano consiste precisamente en ir tejiendo paulatinamente el entramado de ámbitos que constituyen su razón de ser y el clima en que florece su libertad. Cada ámbito que el hombre abre es una vía abierta a la acción, un campo de sentido para albergar mil acciones individuales, una ruta hacia metas cargadas de sentido. *La vida humana funda historia cuando, al crear ámbitos, abre campos de posibilidades*. Nada extraño que para describir la vida humana movilice el lenguaje común términos espaciales (tales como horizonte, altura, interioridad, profundidad, amplitud, envergadura, etc.), pues la dinámica de la existencia humana está orientada a la creación de ámbitos. No es impropio, pues, el uso de tales términos de origen espacial si se tiene cuidado de hacer la debida transposición del plano meramente físico al nivel espiritual, integralmente humano, en que tiene lugar la fundación de ámbitos.

Todo creador de ámbitos espaciales físicos, si realiza su labor configuradora con vistas a promocionar la actividad humana creadora de ámbitos de convivencia, contribuye eficazmente a modelar las formas de vida de sus semejantes. El hombre es hombre en la medida en que abre ámbitos de actividad y de convivencia. El hombre logra su madurez de hombre en la medida en que teje a su alrededor un entramado completo de ámbitos que ofrecen a su capacidad de acción el campo apropiado. He aquí de nuevo el círculo fecundante según el cual *el hombre crea ámbitos y éstos hacen posible el pleno desarrollo de su vida*.

ESPACIO VIVIDO Y ESPACIO MATEMÁTICO

De lo antedicho se desprende que el "espacio vivido", cuyo logro constituye la meta de toda labor arquitectónica, se distingue netamente del espacio matemático por su carácter cualitativo y heterogéneo, y por su ordenación en torno a un punto medular.

De aquí se deriva el alto valor antropológico de ciertas categorías y esquemas espaciales, tales como *dentro-fuera*, *arriba-abajo*, *interior-exterior*, etc., cuyo uso encierra grandes posibilidades y abisales riesgos.

Esta condición heterogénea y cualitativa del espacio confiere un valor específico a cada forma de ámbito humano que debemos cuidadosamente precisar. Será el tema de artículos sucesivos. Hoy debo aclarar suficientemente en qué consiste el llamado espacio vivido y su ordenación interna.

La expresión "espacio vivido" no alude a la mera experiencia humana de un determinado espacio, experiencia subjetiva provocada por un espacio que se supone ya existente. Se trata del espacio real visto en todo su dinamismo como medio en que se desarrolla la vida humana a lo largo del tiempo con su multiplicidad de vertientes y perspectivas. *El ámbito estáticamente espacial adquiere así la movilidad del decurso temporal.* El espacio cobra toda su gama de valores en el despliegue a que se ve sometido a lo largo del tiempo, posibilitador de perspectivas.

Al hablar, pues, de espacio vivido se alude a la forma integral de espacialidad que adquiere el espacio al entrar en estrecha vinculación con el tiempo tal como es vivido por un hombre entregado a la acción sobre el entorno. Para vivir, por ejemplo, el espacio de una catedral hay que moverse en el tiempo adoptando diversas perspectivas, y, más allá de toda actitud meramente contemplativa, participar activamente en la acción cultural propia de este género de templos. El aspecto a primera vista estático de las realizaciones arquitectónicas instó a pensar que la vía adecuada para hacerse cargo de su significación era la *contemplación en actitud estática* de su configuración espacial formal. Hoy día estamos en disposición de comprender que el espacio está hecho para enmarcar la vida humana en toda su bullente actividad y debe ser visto en dinámica interacción con las perspectivas que el hombre va trazando a lo largo de sus distintas actividades. Una catedral vivida una y otra vez desde diversos ángulos a lo largo de solemnes cultos litúrgicos comunitarios adquiere todo el ingente dinamismo sobrecogedor que late virtualmente en sus formas arquitectónicas. El canto colectivo, las vibrantes y severas armonías del órgano, la marea ondulante de los fieles que abarrotan las amplias naves, el fervor potenciado de la amplia comunidad orante, etc., se integran de tal modo con las características de la arquitectura catedralicia que sobre la pétreo rigidez—en casos—altisonante de sus formas se alza un diálogo leve, flexible, sobrecogedor. *La grandeza de las proporciones sólo degenera en desmantelamiento y desamparo cuando no existe una comunidad que pueble los amplios espacios con su vibración religiosa.*

De ahí la frialdad y rigidez de las catedrales convertidas por la inacción de los fieles en mero "espectáculo", ingente mole pétreo carente de las internas tensiones y líneas de fuerza que le confieren unidad y sentido. Toda la arquitectura sacra a lo largo de la historia puede ser clasificada según la prevalencia en la misma del *cultivo del espectáculo* o del *culto al misterio*, entendido no como algo meramente oculto e insólito, sino como algo profundo personal.

Pocos ejemplos más claros y enérgicos de lo que es un ámbito visto en su interna estructura que un *templo*, tema de amplias y graves resonancias al que hemos de consagrar muy seria atención.

Me complace recordar en este contexto una experiencia religiosa vivida la vigilia de Navidad en un templo alemán: la amplia iglesia abacial de *María Laach*, nombre señero en la historia de la liturgia católica. En profundo silencio, a través de senderos flanqueados de nieve, ateridos de frío, los fieles acudimos al templo al filo de la media noche navideña. La amplitud un tanto desangelada de la iglesia en la noche frígida nos sumergió de momento en un clima espiritual de desamparo. Pero he aquí que por una puerta lateral del presbiterio, de dos en dos, con la negra capucha calada, bien enfundados en su amplia cogulla elegante, los monjes pasaron a ocupar sus puestos en el coro que rodea al altar. El potente órgano inundó las naves de la iglesia con sus severos acordes y sus armonías llenas del mordiente típico del instrumento rey que hace presa en el espíritu. Tras unos instantes se hizo un gran silencio y los monjes rompieron a cantar: una antigua melodía gregoriana, entonada a buen ritmo, ágil, leve y poderosa a la vez, sobrecogedoramente viril, insistente, quintaesenciada y fuertemente expresiva. La transformación estaba hecha: la masa pétreo del gran templo románico cobró vida; sus amplias naves se poblaron de tensiones; la multitud de los fieles quedó aunada dinámicamente en torno al altar del sacrificio. Todo el imponente conjunto de la asamblea litúrgica cobró una especial levedad. El hombre se adueñó de las dimensiones espaciales, de la pesadez de los materiales, de la inclemencia del tiempo, y creó un clima de dominio que es privilegio de los momentos grandes de la existencia. Cuando, al final de la Misa, acompañado por el órgano, el pueblo entonó el tradicional *Heilige Nacht*, con el ritmo, la uniformidad, el poder, la decisión rotunda que caracteriza el canto alemán, ¿quién podría sentir como oprimente la majestad de las amplias bóvedas, la amplitud del imponente templo románico? La sensación fuerte de unidad que produce la participación íntima en un mismo proceso transfigurante confiere tal carga de sentido al volumen arquitectónico de un templo que su inmensa oquedad vacía se puebla de presencias en un clima de rigurosa intimidad. Pues no es la mera cercanía física la que engendra relaciones de intimidad, sino la proximidad espiritual, que salva abismos de distancias espaciales.

Lo decisivo no son, pues, las dimensiones físicas de un templo, sino la proporción entre éstas y la vitalidad espiritual de la comunidad orante. El templo está llamado a ser el lugar de un diálogo, vibrante, enérgico, capaz de colmar amplios horizontes físicos. Si la tensión del diálogo cede, el espacio se despuebla, cae sobre sí y oprime inevitablemente el espíritu de quienes lo habitan. El templo es un ámbito físico creado para dar cuerpo a los ámbitos espirituales que los fieles deben crear en su vida religiosa. Cuando hay desproporción entre estos ámbitos por falta de voltaje espiritual en la comunidad orante, se amengua en ésta la capacidad de asumir los espacios sacros como medio expresivo de su actividad espiritual, y surge esa especie de "Alpendruck" o impresión de aplastamiento que tanto nos oprime de ordinario en los templos muy espaciosos.

Estos temas y otros con ellos relacionados los traté más por extenso en artículos anteriores de esta misma Revista que fueron recogidos—con ciertas modificaciones—en la obra *HACIA UN ESTILO INTEGRAL DE PENSAR* (Editora Nacional, Madrid, 1967). Ruego al lector me permita remitirle a ella con el fin de redondear el tema tratado en este artículo sin necesidad de dar al mismo excesiva amplitud.